

La seducción y las preguntas: Barack Obama

Jorge Núñez Vega
Profesor e investigador
Cubano. Residente en España

Hasta hace poco el punto flojo de Barack Obama parecía ser su poca experiencia en asuntos exteriores y militares. En estas cuestiones clave para los Estados Unidos al senador por Illinois le encontraban parecido a Bill Clinton, Al Gore y John Kerry. Los dos primeros simplemente ignoraron esos temas en sus carreras presidenciales. Kerry utilizaba su participación en Viet Nam como escudo. Obama arrastraba una especie de estigma demócrata, con el agravante de no haber visitado Irak hasta enero de 2006 y no haber estado en Afganistán hasta este verano. Y se podría añadir que nunca sirvió en el ejército de los Estados Unidos.

Cuando las encuestas dieron 20 puntos más a McCain en experiencia laboral, parecía que los republicanos iban a retener otra vez, y con comodidad, los dominios de las actuaciones militares y la diplomacia. Parecía que iba a repetirse la historia.

Sin embargo, ni el mundo es el de entonces ni el candidato es el mismo. A las expectativas que hoy genera la ocupación de Irak y el recrudecimiento de la resistencia talibana hay que sumar que a Obama le van las apuestas fuertes. Y entró de lleno en territorio enemigo con un discurso que no deja nada en el

olvido: cambio climático y Protocolo de Kyoto, desarme nuclear y alianza atlántica, Guantánamo y la Convención de Ginebra, seguridad antiterrorista y entendimiento con Irán....

Con todos los temas calientes en su portafolio, el presidenciable norteamericano vino a hablar a los europeos. Dio una corta gira por Francia, Gran Bretaña, Alemania, Jordania e Israel. La primera escala europea, Alemania, fue el pasado 24 de julio. Aquí en la Vieja Europa, la gente no sólo esperó al mulato que derrotó la persistencia de Hillary Clinton, aunque la destreza demostrada en las primarias prologaba algo de éxito a su gira. No. Se trataba de otra cosa. Los miles de berlineses que se juntaron en la Columna de la Victoria aplaudieron un cambio de liderazgo en la política norteamericana. Algo distinto de Cheney, Rumsfeld o Bush. Una versión menos ideológica y más flexible de la política norteamericana.

Si Obama se convierte en el presidente 44 de los Estados Unidos, Berlín será recordada como un punto clave en su ascenso a la Casa Blanca. El candidato demócrata utilizó a fondo el potencial simbólico de la ciudad, la misma que en el pasado utilizaran Kennedy y Clinton en sus campañas. Y también la ciu-



Barack Obama en Berlín

dad donde en 1987 Reagan pidió a Gorbachov que echara abajo el Muro que separaba el Este de Occidente.

La imagen de Obama postulando un nuevo entendimiento global que supere las barreras equivocadas levantadas durante la era Bush necesita también de los muros demolidos en el pasado. Obama no gritó, como Kennedy, *Ich bin ein Berliner!* [¡Soy un berlinés!]. Pero hizo algo no muy diferente. Las referencias al orgullo norteamericano y a su condición como presidenciable de los EE. UU. fueron escasas y fugaces. Obama se presentó ante Berlín como un ciudadano del mundo. Habló en nombre de los votantes de Zimbabue, de los disidentes de Birmania, de los blogueros de Irán. De todos.

Sin declarar paralelismos, trazó uno entre su historia personal y la de su público. Ambos figuraron en su discurso como el resultado de una larga serie de sacrificios recompensados de la que debía estarse orgulloso. *People of the world – look at Berlin!* [Pueblos del mundo, miren a Berlín]: esa será la frase. Entonces comenzaron a aparecer en

el discurso las sombras espectrales de las fábricas contaminantes de Chicago y Beijing, el deshielo ártico, la violencia en Somalia y el genocidio en Darfur, la heroína afgana, los “nuevos muros” entre etnias, religiones, inmigrantes y nativos: todas las amenazas.

Finalmente declaró no estar de acuerdo con las voces que en su país negaban la importancia del rol europeo en materia de seguridad global. “Sí, hay diferencias entre Europa y los Estados Unidos, [pero] es hora de unirnos a través de la cooperación constante, de instituciones fuertes, sacrificios compartidos y un compromiso global con el progreso, de hacer frente a los retos del siglo XXI”.

Dijo todo eso y lo dijo en tono de poema¹. El aspirante que, en principio, no sabía nada de seguridad y asuntos exteriores, conquistó la opinión reciclando el uniforme del patriotismo rancio norteamericano, que aquí se considera sucio, estrecho y con olor a viejo. “Pueblo de Berlín —pueblos del mundo— éste es nuestro momento. Éste es nuestro tiempo”.

Obama también sorprendió al no hacer dos cosas que Bush hacía demasiado: hablar de la Unión Europea como un territorio subordinado a Francia y Alemania, o mencionar a los países por separado, esquivando la Unión como entidad regional. Esto resultaba bastante molesto, sobre todo viniendo del hijo del presidente que hizo todo lo posible para que Europa no fuera lo que hoy es. Por el contrario, Obama habló de una Europa fuerte, cercana a los Estados Unidos en la defensa de sus raíces históricas e ideales (no intereses) comunes, pero independiente de Washington.

Todo esto es lo que ha determinado la preferencia europea por Obama, quien ahora “no sólo es el nuevo Kennedy americano, sino el nuevo Kennedy europeo”. Un sondeo reciente de Gallup reveló que el 60% de los ingleses, el 64% de los franceses y el 62% de los alemanes esperan que el candidato demócrata a la Casa Blanca gane las elecciones. En contraste con estos datos, la victoria de su rival John McCain solamente es deseada por el 15% de los británicos, el 4% de los franceses y el 10% de los alemanes. Europa: *è perdutoamente innamorata di Barack Obama*.³ Esto lo reflejan las encuestas y lo afirma la prensa, pero también lo declara el presidente Nicolas Sarkozy.

Incluso puede olisquearse cierto rencor —el rencor de los amantes, podría decirse— en la prensa española. El gobierno buscó en vano la presencia de Obama en Madrid. El diario conservador *ABC* no ocultó la incomodidad por el rechazo: “Madrid y Roma son capitales prescindibles e insignificantes en su gira internacional, a pesar de la importancia posiblemente crucial del voto hispano, las turbulencias del Cono Sur, o la influencia histórica de la cultura española en el continente americano⁴”. Cuando hay que recordar tantas cosas, es que



Barack Obama y la Canciller alemana Angela Merkel



Barack Obama y el Presidente de Irak

un malestar, como las procesiones, se lleva por dentro.

De todos modos, una cosa es saber contagiar una visión de esperanza a la gente, al ciudadano cansado de unos problemas muy graves que se han tratado con la mayor irresponsabilidad durante demasiado tiempo, y otra muy diferente es conseguir el entusiasmo unánime. Alrededor de la *Obamania* popular brotan muchas dudas. Brotan exactamente desde los círculos de la política y todas están en relación con su gestión futura, que algunos creen poder anticipar.

Para Eberhard Sandschneider (Consejo Alemán de Relaciones Exteriores), el candi-

dato de Europa no ha mostrado todas sus cartas. Por una parte ha utilizado el simbolismo de Berlín para asegurar que el presidente de los Estados Unidos no intentará decirle a Europa cómo tiene que hacer las cosas, pero entre líneas exige un mayor esfuerzo europeo en Afganistán e Irak en términos de soldados y dinero⁵. La verdad es que a las declaraciones de Sandschneider les sobra la aclaración “entre líneas”.

Otro punto complicado es qué hará Obama en cuanto al comercio trasatlántico, si llega a ser presidente. Aquí se levanta el verdadero muro de la circunspección. Es casi seguro que cualquiera de los dos posibles presidentes aumentará la barrera del proteccionismo. Obliga la crisis actual. Las facilidades de las economías emergentes en el Extremo Oriente obligan aun más. En este sentido los europeos ven un obstáculo para cualquier entendimiento: “Obama se presenta como un candidato global, pero sus posiciones no son las de todos”, estimó Reginald Dale, experto del Center for Strategic International Studies⁶. Algo no muy distinto expresó el coordinador gubernamental para las relaciones germano-estadounidenses, Karsten Voigt. En asuntos económicos, “un presidente de EE. UU. es ante todo representante de los intereses norteamericanos”⁷.

Y por último está la izquierda intelectual, que ante la popularidad de Obama ha optado por la cautela. Un artículo de Serge Halimi condensa esos recelos⁸. Esperar del “presidente distinto” una *perestroika* que ponga fin a las prácticas militaristas es una ilusión con despertar cruel. El autor ve una alineación creciente de Obama con la política tradicional de los Estados Unidos en sus declaraciones recientes sobre Irán, Afganistán e Israel. A medida que la posibilidad de su elección se concreta, el candidato demó-

crata se va volviendo cada vez más realista: esa sería la idea.

No obstante, la prueba ha sido de momento superada. La fiesta política que ha sido la gira europea ha fortalecido aun más su posición en la carrera hacia la Casa Blanca. De hecho ha puesto en apuros a McCain, quien rompió su promesa de una campaña respetuosa para enfrentar la incursión demócrata en los dominios temáticos republicanos.

Si tuviéramos que elegir una palabra para calificar el sentimiento que el candidato global ha dejado en Europa, esta palabra sería ‘simpatía’. El resto son preguntas, las incertidumbres del futuro, cuánto querrá arriesgar una vez sea El Inquilino. Pero a un hombre no le pueden juzgar por lo que hará en el porvenir.

Notas

1. Steven Erlanger: “Obama, Vague on Issues, Pleases Crowd in Europe”. *The New York Times*, 25 de julio de 2008
2. Andrea Bonanni. “L’Europa sedotta da Barak Obama”. *La Repubblica*, 25 de julio de 2008.
3. *Ibidem*.
4. *ABC*, 26 de julio de 2008.
5. Steven Erlanger. *Loc. Cit*.
6. “Obama et L’Europe” [Editorial]. *Le Monde*, 24 de julio de 2008.
7. EFE en *El Universal*, 24 de julio de 2008.
8. *Le Monde Diplomatique* 154, agosto de 2008.